

Jesús, el pan de vida (7/13)

Dr. Justo L. González



El Discípulo

Juan 6:11-12, 14, 26-27, 35-40, 47-51

18 de abril

Jesús, el pan de vida (7 de 13)

Texto bíblico: Juan 6:11-12, 14, 26-27, 35-40, 47-51

Introducción:

Aunque en las lecciones más recientes nos hemos ocupado de la muerte y resurrección de Jesús, ahora volvemos al comienzo de su ministerio. Aunque esto pueda parecernos extraño, el hecho es que todo el Evangelio de Juan fue escrito a la luz de la fe basada en la experiencia de la resurrección, y por tanto resulta apropiado que leamos estos primeros capítulos de Juan bajo la misma luz de lo que ya sabemos por la resurrección de Jesús.

La lección de hoy trata sobre lo que significa creer en Jesús. El creer no es sólo cuestión intelectual. Siempre es necesario tener en cuenta por qué creemos. La imagen que aparece en todo este pasaje es la de Jesús como pan de vida. El pan es algo que se come, y no solamente algo que se piensa. ¿Qué significa entonces esto de comer el cuerpo de Cristo? Resulta difícil leer este pasaje sin pensar en la cena del Señor, aunque no se hable directamente de ella en el texto mismo.

Propósito de la lección:

El propósito de esta lección es mostrar que creer que Jesús es el Mesías involucra toda nuestra vida, y no sólo nuestra mente. Alimentarse de Jesús como pan de vida es recibir vida eterna. El

darnos esa vida es el propósito de toda la vida, muerte y resurrección de Jesús.

Bosquejo de la lección:

1. Existe una gran diferencia entre creer en Jesús por razón de los bienes terrenales que pueda darnos y creer en él por razón de la vida eterna.
2. El significado de Jesús como el nuevo Moisés.
3. Jesús como el pan de vida.

Análisis de las Escrituras:

vv. 11-12, 14: Si leemos solamente los versículos impresos, sin conocer ya la historia, no entenderemos de qué se trata, ni veremos el milagro. Es necesario recordar que había unas cinco mil personas hambrientas y sólo cinco panes y dos pececillos para alimentarles. El milagro está en la multiplicación de estos escasísimos recursos de tal manera que todos reciben cuanto necesitan, y todavía sobra bastante. Empero, nuestro énfasis aquí no caerá sobre los detalles del milagro, sino sobre la reacción de la multitud ante él.

En el versículo 14, la multitud se muestra dispuesta a creer que verdaderamente Jesús es el profeta esperado. Las palabras "el profeta que había de venir al mundo" pueden referirse a quien se esperaba que vendría a inaugurar la era final del mundo, y se trataba por tanto de una figura mesiánica. Algunos judíos pensaban que este profeta sería un nuevo Moisés. Más adelante en el paisaje se verá claramente que esto es lo que la multitud pensaba.

vv. 26-27: El día después del milagro de los panes y los peces, la multitud busca a Jesús una vez más (esto se encuentra en el v. 22, que no es parte del texto impreso). Tal es su interés en encontrar a Jesús, que llegan hasta Capernaum, donde él está. Pero Jesús no se muestra particularmente complacido por la llegada de esa multitud. Venían porque Jesús les había alimentado, y al parecer querían más pan para alimentarse. Ese pan, que ciertamente es muy importante, sacia el hambre física, pero sólo pasajera. Al siguiente día se necesitará más pan, y lo mismo el día después. Lo que Jesús ofrece es pan que no lleva a nueva hambre, sino pan que da vida eterna. La multitud no debería dedicar todas sus energías al pan que perece. Habían dedicado mucho tiempo y esfuerzos a encontrar a Jesús para que siguiera dándoles de esa clase de pan. Deberían invertir ese esfuerzo en buscarle en pos de la vida eterna que él podía darles.

vv. 35-40: En la parte del pasaje que no está impresa en nuestras revistas, la gente continúa su discusión con Jesús acerca del pan. Al parecer piden señal que muestre claramente que Jesús es un nuevo Moisés. Puesto que todo el pasaje gira en torno al pan, la gente le recuerda a Jesús que Moisés les había dado maná en el desierto. Citan un versículo del Salmo 78:24, donde se habla del maná como “trigo de los cielos” o “pan del cielo”. Esta es la frase que Jesús entonces retoma en su respuesta. En palabras que nos recuerdan la discusión de Jesús con la mujer junto al pozo acerca de la diferencia entre el agua que ella había venido a buscar y el agua viva que Jesús le daría, Jesús contrasta lo que puede darles a la multitud, de tal modo que nunca más tendrán hambre o sed, con el pan material que han venido buscando. El modo de recibir esta

comida milagrosa es creer en él. Pero no solamente creer que puede darles comida común y corriente. La multitud le había seguido en busca de comida perecedera, y no del pan de vida que él quería darles.

En estos versículos, la imagen cambia: ya no se trata de creer en Jesús, sino de venir a él. En realidad el sentido es el mismo. Lo que se discute es con qué propósito los creyentes vienen a él: si vienen buscando cosas terrenas y perecederas, o la vida eterna. Jesús dice que ha venido del cielo para que quienes vengan a él resuciten en el día postrero. Esta es la voluntad de Dios, y el propósito de la venida de Jesús. Aquellos creyentes que vienen a Jesús son los que el Padre le da, y por tanto Jesús no rechaza a quien viene a él. De igual manera que en el versículo 12 no se perdió nada del pan que se había multiplicado, así también ninguno se perderá de aquellos a quienes el Padre le ha dado a Jesús.

vv. 47-51: Aquí Jesús contrasta específicamente el pan que él ofrece con el maná que Moisés le dio al pueblo. Con todo y ser milagroso, el maná tenía que renovarse cada día, porque era comida física. Su origen era milagroso, pero sus resultados eran los mismos de cualquier pan común: el hambre volvía y se hacía necesario comer más maná. Puesto que era pan físico que respondía al hambre física, esa hambre misma era señal de la mortalidad del pueblo. Todas aquellas personas que comieron del maná a la postre murieron. En contraste, el pan que Jesús ofrece lleva a la vida eterna.

Es necesario entender claramente que el autor de este evangelio no está diciendo que Moisés no haya sido importante, o no haya sido instrumento de Dios. Al contrario, Moisés y el maná son de suma importancia precisamente porque son el marco de referencia dentro del cual se ha de entender la obra de Jesús. Jesús es como Moisés pero infinitamente superior a él. Moisés fue el líder del pueblo de Israel; Jesús es el líder de un Israel renovado. Mediante la acción de Dios, Moisés le dio maná al pueblo; mediante una acción más directa de Dios, Jesús da pan de vida. El pan que Moisés dio le permitió al pueblo continuar viviendo en un desierto inhóspito; el pan que Jesús da nos permite gozar de la vida eterna en medio de un mundo también inhóspito. El pan que Moisés dio era “algo”; el pan que Jesús da es Jesús mismo. Él nos dice que él es el pan de vida, el pan que vino del cielo. Refiriéndose claramente a su propia muerte que habrá de llegar, dice que lo que ha de dar es su propia carne para la vida del mundo.

Aplicación:

Las palabras que Jesús les dijo a quienes presenciaron el milagro de los panes y los peces también nos las dirige a nosotros y nosotras. Lo que Jesús nos ofrece es el don más importante de todos, un don que no podríamos obtener por nuestros propios medios. Es el don de la vida eterna. Pero los seres humanos con mucha facilidad mostramos más interés en las cosas que se valoran en esta vida: la comida, la salud, el abrigo, el éxito en nuestras empresas y proyectos, la seguridad económica.... Tales no son los dones que Jesús les ofrece a sus seguidores. A veces tratamos de combinar ambas cosas, con la esperanza de que el seguir a Jesús nos dé la vida eterna y al mismo tiempo todas estas cosas. El problema está en que la búsqueda de las cosas

buenas de esta vida nos puede ocultar las demandas radicales que el discipulado coloca sobre nosotros. Es muy fácil pensar que Jesús nos dará todas estas otras cosas como premio a nuestra fidelidad. Pero lo que Jesús dijo acerca de tomar nuestra cruz debería servirnos de advertencia contra tales ilusiones.

Por otra parte convertir el mensaje del evangelio en una insistencia en el sacrificio no es buenas nuevas. El evangelio es buenas nuevas. Son las nuevas de la vida eterna, la vida abundante, no sólo después de la muerte, sino también aquí y ahora. ¿Habrá un conflicto entre la vida abundante aquí y ahora y el no dedicarnos a buscar las cosas buenas de esta vida? En cierto sentido sí lo hay. Pero ese conflicto existe sólo si nuestro entendimiento de la “vida abundante” se basa en los valores de un mundo envuelto en pecado. Si nuestra definición de la vida abundante se basa en los valores del evangelio –una vida llena de amor y perdón, una vida que verdaderamente impacta al mundo para bien– esa vida no conflige en modo alguno con el camino de la cruz.

Quien dice “no tengo por qué tener fe, pues Dios no me dio tal o cual cosa”, ciertamente ha interpretado mal lo que la fe es. Nadie nos ha prometido una vida sin problemas. Lo que se nos promete es la vida abundante. ¿Nos atreveríamos a decir que Alberto Schweitzer o la Madre Teresa no tuvieron una vida abundante, porque no gozaron de muchos de los bienes del mundo?

Sobre esto también es necesario subrayar otro punto. A veces hablamos de la vida eterna como si comenzase sólo después de nuestra muerte física. Ciertamente incluye esa vida después de la muerte. Pero en estos pasajes cuando Jesús habla de la vida eterna se refiere a una vida abundante que comienza desde ahora para el creyente. En otros pasajes del Nuevo Testamento se habla de una fe que nos lleva a morir al mundo; y esa muerte tiene lugar desde ahora, aun cuando la vida física continúa. De igual modo que podemos morir desde ahora, también podemos empezar a vivir la vida eterna desde ahora.

Quienes se han encontrado al borde de la muerte frecuentemente declaran que ya no la temen y que por tanto sus valores han cambiado, de modo que ya no se preocupan tanto de su propia seguridad, sino que buscan relaciones de verdadero amor. Para los cristianos, la fe en Jesús implica morir a nuestros viejos valores y vivir en una nueva vida, que ya no le teme a la muerte. Son pocas las veces que logramos vivir esto a plenitud; pero hasta un destello de esta vida abundante puede producir grandes cambios.

El paralelismo y contraste entre Jesús y Moisés son muy importantes en el evangelio de Juan, así como en buena parte del Nuevo Testamento. Moisés fue el gran líder llamado de Dios y ocupó un lugar esencial en la formación del pueblo de Israel. A través de él se estableció el pacto entre Dios e Israel. Juan no está menoscabando la importancia de Moisés, sino más bien subrayando la importancia aún mucho mayor de Jesús. Jesús establecerá un nuevo pacto, con el cual creará un nuevo pueblo. Moisés tuvo una relación única con Dios más cercana que la de cualquier otro

profeta o cualquier rey. La relación de Jesús con el Padre es aún más estrecha. Moisés sacó al pueblo de la esclavitud a la libertad; Jesús libra al pueblo de una esclavitud a poderes mucho mayores que el de Egipto, y le lleva a una libertad mayor que la de Canaán, puesto que lleva al pueblo del pecado y la muerte a la vida eterna. La vida de fe es una peregrinación y no consiste sencillamente en aceptar de una vez ciertas creencias. Los cristianos tienen experiencias de vivir en lugares inhóspitos como las que tuvo Israel en el desierto. Todo esto lo entenderían claramente quienes primero escucharon este evangelio de Juan.

Mediante Moisés, Dios le dio al pueblo el maná en el desierto. Jesús no sólo da pan que perece, sino que también ofrece pan del cielo que lleva a la vida eterna. Este pan es Jesús mismo, y no otra cosa aparte de él. Recordamos este don del cielo cuando celebramos la Santa Cena. Las palabras de Jesús en el pasaje que hemos estudiado también se cumplen cuando celebramos la Cena. Lo que buscamos en ella es el verdadero pan de vida, y no los bienes de este mundo.

Recomendaciones educativas:

1. Divida la clase en dos grupos. Pídale al primero que haga una lista de las características de lo que entienden por “vida eterna”. Pídale al otro que haga lo mismo respecto a lo que entienden por “vida abundante”. Reúna de nuevo a la clase, y con las dos listas ante ella, señala que para Juan los dos términos significan la misma cosa. Si en nuestras listas hay alguna diferencia, ¿cómo debemos corregir o ampliar nuestro entendimiento de la vida eterna?

2. Discuta con la clase si no hay ocasiones en las que las personas vienen a la iglesia o a Jesús por motivos semejantes a los que llevaron a aquella multitud a buscarle: buscamos nuestro propio provecho. Guíe a la clase a una discusión al respecto. Pregunte qué nos diría Jesús si de momento apareciese ante nosotros y comentara sobre la razón por la que hemos venido a la iglesia hoy. ¿Cuáles de nuestras motivaciones afirmaría? ¿Cuáles condenaría? ¿Qué clase de testimonio estamos dando cuando utilizamos diversas “carnadas” para atraer a la gente a la iglesia? ¿Será bueno eso? ¿Será malo?
3. Pídale a la clase que muy rápidamente bosqueje la vida de Moisés. Vaya anotando las respuestas. Entonces pregunte qué paralelismos o puntos de contacto ven con la vida y obra de Jesús.

Resumen:

Creer en Jesús ha de conducirnos a una nueva vida, y esa vida ha de vivirse según valores y recompensas muy diferentes de los de la vida anterior, la que existía aparte de la redención. La fe no es una serie de doctrinas que aceptamos, sino un modo de vida que adoptamos. El seguir a Jesús es una vida de discipulado que incluye la muerte a la vida antigua y el inicio desde ahora de la vida eterna. Lo que celebramos en la cena del Señor es que Jesús es la fuente de la vida verdadera, que se ha hecho posible gracias a su muerte y resurrección.

Oración:

Dios nuestro que enviaste a Moisés para dirigir a tu pueblo y comenzar la obra de la

restauración, en Jesús, tú mismo has venido a librarnos del pecado y la muerte, y a llevar tu creación hacia la meta que tienes para ella. Danos la fuerza, la sabiduría y el valor para seguirte en esta gran aventura a qué nos llamas. Por Cristo nuestro Señor, amén.

